

JUAREZ

DISCURSO DEL SEÑOR

MINISTRO DE INSTRUCCION PUBLICA Y BELLAS ARTES

EN LA

VELADA DE ARBEU



MÉXICO

TIPOGRAFIA DE LA VDA. DE FRANCISCO DIAZ DE LEON.

Esquina del Cinco de Mayo y Callejón de Santa Clara.

1906

1233
8
906

118

F1233

J8

1906

118



1020084858

3009
M
T2 83

166

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

JUAREZ

DISCURSO DEL SEÑOR

MINISTRO DE INSTRUCCION PUBLICA Y BELLAS ARTES

EN LA

VELADA DE ARBEU



MÉXICO

TIPOGRAFIA DE LA VDA. DE FRANCISCO DIAZ DE LEON.

Esquina del Cinco de Mayo y Callejón de Santa Clara.

1906

15234

17-5-2

F 1233

T 8
1906

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORAS, SEÑORES:

Al elegir á un maestro á quien el Jefe del Estado confiriera la inestimable honra de colocarlo al frente de las escuelas nacionales, veo claro en el pensamiento de los organizadores de esta magnífica fiesta mexicana: creyeron que yo debía ser el intérprete de su devoción á Juárez, valiéndome de la voz de la tribuna, que es la que más pronto llega al oído y al corazón del pueblo, porque Juárez hizo de su existencia una enseñanza, porque su biografía es un tratado vivo de educación cívica.

Ni cívica solamente, sino moral, sino humana, porque muestra en complejidad creciente la acción intensa del medio sobre una voluntad y la reacción de la voluntad sobre el medio, acción y reacción que no alteran, sino que tienen por resorte férreo un carácter. Pedagogía excelsa, edu-

cación de rey, de un rey de sí mismo, de un hombre.

Tres hombres han acertado, en nuestra historia de pueblo libre, á encarnar la Patria en los tres momentos supremos de su evolución. Y los hombres serán discutidos; el servicio, el inmenso servicio, es indiscutible: un iniciador, un reformador, un pacificador. Estos tres hombres no han caído del cielo como estrellas, como seres de un mundo superhumano, venidos de improviso y sin antecedentes necesarios á ejecutar un designio divino; son culminaciones, mas provienen de un levantamiento gigantesco de aspiraciones, de instintos oscuros, de exigencias conscientes de vida y libertad, de preparaciones lentas y premiosas, obra de otros hombres, de otros dolores, de otros heroísmos, de otras voluntades; en esos levantamientos sociales ellos son los vértices, las cimas, los puntos de convergencia, las insuperables alturas; todo en nuestra historia, en lo pasado, los explica y determina; todo en lo futuro los demuestra; ellos son la resultante de una gran labor de la historia, la historia posterior que de ellos recibe forma, es una gran labor suya, no sólo suya, pero capitalmente suya.

¡Un iniciador, un reformador, un pacificador!

El Reformador fué Juárez. Él, lo mismo que los otros, grandes clarividentes, sinduda, pero no creadores intelectuales, ha sido, como se expresa

con denominación que nadie define y todos comprenden, un genio; su genio, como en este mismo sitio dijo en grandilocuente oración fúnebre un estudiante de derecho, "fué el genio de la voluntad." Forjóse su mentalidad en la fragua de su carácter; en esa hoguera iluminó su inteligencia un "querer," del que entra lentamente en conciencia, un querer que se agiganta y crece con los acontecimientos, una inmensa energía psíquica jamás inferior á su obra, una energía inmensa en la que se funden como en crisol incandescente, mezquindades, egoísmos, ambiciones, debilidades, todo lo que es humano, todo lo que ancla al hombre á la tierra en su aleteo perpetuo hacia un ideal. Tal ha sido la voluntad de esos hombres; por eso dan enseñanza, por eso grabando bien su efigie moral en el intelecto de los que vienen, de los que suben, de los que aquí están ya, y de los que en apretada falange vienen tras ellos, se les proporciona la enseñanza típica, la que acrecienta la fuerza viril del alma.

Juárez nació, puede decirse, de una raza; porque nada había de él que no estuviera física y moralmente en su raza, nada que lo diferenciara de sus congéneres; es un hijo de la familia tzapoteca. Vagar en pos del rebaño, á orillas del lago, entre los naranjales, haciendo resonar pequeñas arpas melancólicas formadas por él mismo, esta fué su vida; esa era la de todos los pas-

torcillos de las sierras oaxaqueñas. Su fuga á Oaxaca por temor de un castigo, por aspiración á una vida superior, fué el primer acto que le probó que era un hombre, que era una voluntad, que era un rebelde.

La Iglesia lo acogió, lo enquistó en ella, bondadosa, rutinera, sin poesía apenas, sin ensueños; la vaga ansiedad del cielo y el deseo firme de saber qué decían los libros de su protector, era lo que daba á aquel niño cuenta de sí mismo; pero el fondo de su alma, que por la iniciación en una lengua nueva y en formas menos inferiores del culto, destacaba ya su individualidad propia de la personalidad colectiva de su raza, permanecía siendo lo que siempre será un indio, un sér religioso. Era un adolescente cuando tuvo su primer contacto íntimo con el idioma español y con los libros; idioma y libros lo unían más y más con el altar. Su protector, del altar vivía y al pie del altar murió; todo un infinito de devoción, de esperanzas, de sumisión, y de fe envolvía el alma de aquel niño, como á un átomo la inmensidad de la nébula cósmica.

Juárez fué siempre religioso; cuando llegó á emanciparse, la Patria, el Deber, la lucha por realizar un ideal de justicia y de razón, no fueron en él un fanatismo, no; no fué ni un alucinado, ni un profeta, fué un consciente, pero tomaron en su espíritu la forma de un mandato superior, de la

obediencia á un decreto del Altísimo; y así han sido y serán cuantos sirvan de núcleo ó de guía á los hombres. Juárez fué un núcleo; pero puso todos los elementos constitutivos de la psicología de su raza, la astucia, el recelo, el tesón, la reflexión lenta, pero firme y decisiva, en la realización de la obra que cada vez tomaba ante él aspecto más complicado y grandioso, ensanchando el horizonte del convento hasta convertirlo en el del Seminario, y el horizonte del Seminario hasta esfumarlo y perderlo en el del Instituto, en el del Estado, en el de la Patria, en el de los grandes ideales de libertad, de transformación política y social que dieron á su empeño el alcance de una empresa humanitaria y mundial.

El acto decisivo en esta vida silenciosa y fuerte, nutrida toda de ideas simples y grandes, fué el paso del Seminario al Instituto, que pronto llegó á ser una escuela de "libertad," por sólo la circunstancia de ser una escuela de "derecho:" el Instituto de Oaxaca fué una de las cepas del partido del progreso, como la apellidaba el Dr. Mora, y preparóse en él rápidamente la evolución interna de Juárez: las ideas nuevas sugeridas por sus lecturas y sus amigos, entraban dentro del molde secular de su alma, y lo que perdían en amplitud lo ganaban en precisión y solidez; las fórmulas del gobierno libre que desde entonces estudió y defendió como verdades divinas, no oxi-

daban el inalterable hierro de sus creencias religiosas ciertamente, pero los componentes de la disolución futura se aglomeraban lentos, incontrastables. Si la pérdida de la obediencia á centenares de años de tradición y autoridad ha sido siempre en los hombres de reflexión reñidísima batalla, en la conciencia de un individuo de la raza que la Iglesia había hecho suya, en una de esas conciencias donde, sobre el granito de las sagradas enseñanzas se había erigido, molécula por molécula, el edificio de la fe, ¡cuán desgarradora y patética tragedia íntima debió de ser esa que precedía al acto de abandonar el templo, de mirar de hito en hito los soberbios muros que cobijaban las leyendas de la infancia, que se enredaban como hiedras de flores luminosas en las ménsulas, en los festones, en las columnillas gráciles de los altares de oro; allí donde habían batido sus alas los primeros éxtasis y en las horas de dolor habían enjugado manos misteriosas las lágrimas primeras! ¡Cómo abandonar todo eso, cómo arrojar sobre todo eso una torva mirada de desafío y de cólera! ¡Cómo atreverse á levantar del suelo la piqueta demoledora y alzar el brazo y descargar el golpe sobre aquel edificio inmenso que vibraba todo, que vivía, que lloraba. . . .!

Para Juárez no hubo, sin duda, en su tragedia esta lucha entre la aspiración á un mundo que se ensueña y la poesía del mundo religioso, que no

es más que una infinita cristalización de ensueños, no; para él la lucha fué entre dos deberes; midió, pesó y lentamente se decidió; se decidió una sola vez, sin un suspiro, sin un paso atrás: “¡el gran impasible!”

*
* *

Cuando muerto el federalismo que hacía tanto tiempo agonizaba, después de ensayos constitucionales, subrayados con sangre, por la segregación de Texas y Yucatán, un centralismo que era el paso liberal hacia una situación federalista fué instituído por las “Bases Orgánicas”, Juárez creyó necesario aceptar un puesto político importante en su estado natal; la política es el arte de transigir, ha dicho Gambetta, con tal de realizar siempre un punto del ideal perseguido; la primera dictadura de Santa-Anna, con la que contemporizaron tantos liberales cegados por sus propias ilusiones respecto de aquel hombre que parecía siempre dispuesto á salvar á su país, que dejaba cada vez más hundido en el abismo, exigió de las conciencias honradas más de lo que éstas, entre ellas la de Juárez, debía haber consentido, y aunque la impureza queda consumida por el fuego en que se acrisoló el bronce definitivo del gran repúblico, basta para mostrar que no hay dioses ni semidioses: no hay más que Dios

—fuera de todo nuestro alcance—y hombres; de un hombre hablamos.

* * *

En los días negros de la invasión americana ese hombre hizo su deber. La Reforma entera se basaba, no sobre el desarme del ejército, sino sobre el desarme del clero, privándolo de sus inmensas propiedades; era ésta no sólo una capitalísima medida económica, sino política; así, la resistencia á los grandes pensamientos de igualdad con la abolición de los fueros, á la supremacía del poder civil por medio de la separación entre la Iglesia y el Estado, y á la conquista de la educación pública suprimiendo las comunidades religiosas, sería fácil de vencer y seguro el triunfo, porque faltaría al enemigo el alma de los combates.

Esto jamás pudo hacerse por simples razones económicas, y eran las fundamentales; por eso fracasó el intento del grupo inteligente y audaz que promovió la Reforma en 33 con Gómez Farías. Pero en 47, un interés supremo nacional se complicaba con los propósitos del partido que entonces se llamó “puro” y en el que se afilió Juárez; era necesario proceder como políticos y no como místicos; el reflexivo tzapoteca no fué nunca de la madera de éstos. Altos, altísimos

fueron sus ideales, pero para ir á ellos no desdén ni las curvas ni los compromisos. El santanismo de los hombres de aquella época se explica por el convencimiento profundo de que para despojar al clero del dinero con que la Patria podía salvar su honra, ya que quizás no su vida, precisaba contar con el ejército, y no había oportunidad mejor que aquella en que el dinero sustraído á la Iglesia iría todo al ejército.

Santa-Anna era el ejército; ni el pueblo ni el ejército podían sacudir la fascinación que aquel hombre ejercía sobre ellos; tras de mil veleidades de divorcio volvían á él, lo odiaban un momento y lo adoraban siempre; la República para aquel seductor era una querida; la dejó manchada. Gómez Farías, el ilustre, integérrimo patriarca de los reformadores, era el primer santanista entonces; y lo fué Juárez, pero por la vez postrera. Cuando después de la reacción promovida por la guardia nacional en México en los instantes en que Veracruz sucumbía y Santa-Anna, que había querido abrirse paso hacia el Norte á través de Taylor, volvía en tropel de la Angostura vencido, más por la impericia que por el invasor, desconoció sus compromisos y pactó descaradamente con los agentes del clero suprimiendo á Gómez Farías, la suprema revelación se hizo en Juárez; la incógnita quedó despejada de súbito; aquel hombre que había sido una esperanza

porque había sido un enigma, quedó explicado para la conciencia del antiguo secretario del general santanista León; era un ambicioso, un ambicioso capaz de arrastrar en pos de sí á un pueblo, cierto, pero sin una idea, sin un ideal; la Patria, reflejando su luz sobre esa ambición, le dió alguna vez esplendores de oro en Tampico, en Veracruz. . . .; pero fueron fulguraciones momentáneas, el ambicioso era lo solo persistente, lo solo primitivo; no tenía arrepentimientos, sino lasitudes; sus accesos de patriotismo se desleían en excesos de sibaritismo. Este tipo ha cruzado frecuentemente la historia: en la decadencia de la república romana se llamó Sila.

Juárez en Oaxaca fué un ambicioso también; ni se hace nada grande sin la ambición de hacer algo grande, ni para realizar esto hay medio mejor que el poder. Juárez, en medio de dificultades é intrigas obscuras, se dió bien cuenta de lo que quería con sorda é incontrastable energía; quiso el poder en Oaxaca y lo obtuvo. Y fué un gran gobernante en un pequeño gobierno; administró bien, bien en toda la extensión de la palabra. Procuró cuanto pudo por el Estado, llevando por norma el respeto estricto á la ley, y cuanto pudo por su patria, secundando las miras de los buenos gobernantes que tuvo México entonces; una federación no sólo de derecho, sino de hecho, dejando á los Estados toda su libertad, libertad

empleada por los Estados en facilitar la tarea del gobierno central, tal fué el "desiderátum" de los excelentes federalistas de aquella época que parecía la preparación de una era de paz y que sólo fué el preámbulo de una larga y pavorosa tragedia civil.

La conjuración de todos los malos elementos que los períodos de militarismo y corrupción habían dejado, dió al traste con aquellas bonancibles perspectivas, y el partido conservador, que parecía destronado para siempre con la asonada de pretorianos y de clérigos que hizo pasar por los salones presidenciales al general Paredes, reapareció, organizado para el combate decisivo, por la prócer inteligencia de Alamán. Santa-Anna complicó el programa conservador con su desapoderada dictadura, vió al país como cosa suya, se propuso mejorarlo materialmente y despojarlo definitivamente, erigió la fuerza militar en institución suprema, y dueño de un ejército gigantesco, creyó suyo el porvenir. Ni los mismos que hacen el porvenir pueden conocerlo. ¡Si Santa-Anna hubiese entonces conocido el porvenir de Santa-Anna! ¡Tan desolado y triste, que se aflojan, al considerarlo, las manos que empuñan la espada de la justicia!

El dictador necesitó desarmar á los partidarios de la ley cualquiera que fuese; de una constitución fuese cual fuere; de una regla, hasta de una

regla de conducta política; nada, el silencio, para oír bien las salvas y los *tedéum*. Y la proscrición: Juárez y Ocampo, aquél personalmente odioso al dictador porque le había negado con mucha cordura la entrada á Oaxaca en momentos en que todo derecho del individuo cede á una magna necesidad precomunal, y á Ocampo por liberal absoluto, porque conocía el odio ingénito en el preclaro michoacano á todo despotismo, en cualquiera de sus formas, religiosa, moral, política, social.

En derredor de Ocampo y Juárez, un grupo de liberales conspicuos se organizó en los Estados Unidos, viviendo de su trabajo personal, de trabajos humildísimos á veces; pobre, pero millonario de esperanza y de fe.

Un historiador, diremos mejor, un censor de Juárez, estupendo de talento y elocuencia, pero que suele ser incapaz de ver nada sino através de los cristales turbios de la pasión y que ha intentado hacer con Juárez lo mismo que Alamán hizo con Hidalgo, ha marcado bien la influencia decisiva que tuvo en el ánimo de Juárez su contacto personal con Ocampo.

Cuando el gran indígena se reunió al General Alvarez, durante la revolución iniciada en Ayutla, ya era un completo emancipado; del estudiante Méndez, que fué su iniciador en las ideas nuevas, al reformador Ocampo, la evolución había

sido lenta, pero constante. ¿Cristiano? Probablemente no dejó de serlo nunca; en su raza, primero vencida, luego forzosamente oprimida, y al fin comprimida en una tutela que la mantuvo en el estado de infancia de que trabajosamente va saliendo y saldrá en la escuela, su redentora suprema; en su raza, era congénita la necesidad de creer en un juez infaliblemente justo que estuviese por encima de los jueces de la tierra, y sólo la religión del Cristo le ofrecía la plena satisfacción de esta necesidad fundamental en el espíritu del indígena después de la conquista: la de que sus explotadores fueran implacablemente castigados.

Cristiano sí, pero independiente ya de toda sumisión á la Iglesia, que intentaba mantener con la desigualdad ante la ley; es decir con *los fueros*, una preponderancia que imposibilitaba el advenimiento del poder civil.

*
* *

Al día siguiente de la caída de Santa-Anna, los triunfadores se encontraron con un caos político y administrativo en torno suyo; para hacer en este caos la luz, se necesitaba recoger con mano firme el Gobierno, hacerlo sentir en la República entera y esperar el gran *fiat* del partido liberal, que organizado en Congreso, promulgaba una constitución, la constitución definitiva, la que,

efectivamente, por haber precisado nuestros ideales y por su maravillosa plasticidad, ha sido la constitución definitiva.

Pero era necesario, antes de todo, hacer sonar la campana del triunfo de modo que se escuchara en todos los ámbitos del país y revelar lo que para muchos era el secreto de la revolución, pronunciando las palabras irreparables que anunciaban todo un programa de transformación y de lucha, encerrado en una simple fórmula legal. A Juárez, al Ministro de Justicia de la victoria liberal, tocó decir esa palabra en la ley que suprimió lo que había en los fueros eclesiástico y militar de más interesante, lo que constituía lo positivo y substancial de los privilegios de entrambas clases. Con la ley Juárez, adoptada luego por el constituyente, el levantamiento popular tomó su carácter propio: fué una revolución, la que con la revolución de la independencia marca y señala la segunda etapa del pueblo mexicano en marcha hacia su destino.

En dos años se complicó aquel magnífico drama con una tremenda lucha civil, con una Constitución lanzada en medio de la tormenta en nombre de Dios, símbolo de la nueva religión cívica izado como una bandera frente á la de los privilegios, á la de la tutela de la Iglesia, á la del pasado y del *obscurantismo*, como se acostumbraba decir entonces; se complicó con la vacilación patética

del alma de Comonfort y con el golpe de Estado y el plan de Tacubaya, y la reacción triunfante y la ascensión de Juárez al Calvario en que la ley había sido crucificada.

*
* *

El Vicepresidente de la República había dejado su gobierno de Oaxaca en manos de los nobles colaboradores de su obra; pocos gobernantes han merecido al par de él el encomio que su sucesor, el ilustre Díaz Ordaz, hizo de Juárez cuando tuvo que dejar la magistratura de su Estado natal, que no debía volver á ver. La conspiración tramada por el Presidente contra la Constitución misma de que tomaba su origen, era un contrasentido tan manifiesto, que, á pesar de su puesto en el Ministerio, Juárez no pudo creer en ella: en la prisión despertó de su confianza y se preparó simplemente, sin volver una sola vez los ojos atrás, sin dudar un instante en obedecer á su conciencia, se preparó, decimos, á cumplir con su deber. Se había educado en este ejercicio á sí mismo; era un hombre de deber, fué el hombre del deber.

Él, hombre civil por excelencia, al desaparecer Comonfort primero de la ley y luego del país, se vió envuelto en un torrente de bayonetas y cañones, organizando gobiernos en las etapas de un ejército que desconfiaba de sí mismo y de sus

generales, perseguido por las columnas audaces de los más bravos y temerarios oficiales de la reacción triunfante, acorralado por las asonadas y las deserciones, desarmado por la derrota y colocado por un grupo de pretorianos traidores, frente á frente de un pelotón de ejecución.

La historia patria ha repujado en bronce un alto relieve en que aparece la eternamente impasible figura del Presidente, los ministros agrupados junto á él, los soldados tendiendo los fusiles homicidas, y el poeta, el Tirteo de la Revolución de Reforma, el gran rítmico que tendió su lira á todos los soplos de la naturaleza, á todos los gritos de la pasión, á todos los huracanes populares, el impíamente olvidado Guillermo Prieto, conteniendo el crimen con un ademán sublime y acaso con el primer verso de un alejandrino épico:

“Soldados, los valientes, los bravos, no asesinan.”

Pero el episodio de Guadalajara fué un eslabón de una cadena de peligros, de vejaciones, de inquietudes atormentadoras El caso era éste: los principios, los dogmas, como llamaban á las cláusulas fundamentales del credo reformista aquellos apóstoles y confesores, triunfarían de seguro; en ello tenían fe ciega, la fe que les dió el triunfo. Pero para afrontar la tremenda lucha, era preciso conservar un centro de cohesión á aquella flotante masa de energía liberal, que sólo

podía endurecerse en la brega misma y á los golpes severos de la derrota, porque se trataba de aniquilar al antiguo ejército, más deseoso que nunca de pelear, mejor que nunca bien dirigido y que tenía por caja militar el tesoro de la Iglesia. Ese centro no podía ser más que uno, Juárez, Juárez mismo, porque en el naufragio de toda la legalidad constitucional, no había quedado más investidura que la suya, era la única que podía aparecer ante toda la República como bandera, la única semilla del futuro orden constitucional que la Constitución misma preveía. Poner esa investidura á salvo á todo trance, hacerla inexpugnable, era el deber rudimental del Presidente y sus consejeros. Así lo hicieron por fortuna, por gran fortuna para la Patria.

Pero antes de emprender su éxodo á Veracruz, Juárez quiso dejar organizada, por decirlo así, la lucha futura en el interior del país y se fijó en Degollado. Fué ese un acierto providencial: Degollado era un invencible; la derrota para él era un incidente pasajero; de sobre un montón de reveses acumulados sobre él por su falta de genio militar, por lo bisoño de sus tropas, por la indisciplina de sus jefes, él surgía con bríos mayores, con fe entera, y con un ejército nuevo (porque parecía que tenía ejércitos de reserva para el día siguiente de la derrota). ¿Á qué se debía esto? Á una de esas soberanas fuerzas mora-

les que en las grandes crisis de la sociedad dejan de ser subterráneas y viven á la superficie en los mares removidos por el feroz conflicto de pasiones, intereses y creencias: esa fuerza, esa virtud, es el amor á una idea. Degollado lo poseía en grado excelso, en el grado del sacrificio, que era la temperatura normal de su alma. Eso explica el milagro de la improvisación de milicias á compás de la derrota, hasta organizar el ejército que otros más afortunados que él llevaron á la victoria.

Cierto, no es posible pensar en este hombre de abnegación y sacrificio, que tuvo, *mártir de la Reforma, el Monte de las Cruces por Calvario*; como dijo Juan Mateos, sin lamentar que nuestra generación, la mía, la que ha sabido glorificar á los hombres de la Revolución y absolverlos de sus errores humanos, cuando los ha sorprendido realizando el propósito de darnos la patria que hoy tenemos, sin deplorar que no haya levantado en sus brazos, que empiezan ya á cansarse, el ataúd de Santos Degollado, y lo haya conducido entre palmas y cánticos é inciensos al lugar en que duermen nuestros inmortales, adonde resplandezcan reunidos por la devoción de los mexicanos los lares de la República. Encargamos á la generación que viene subiendo en pos nuestra, que corrija severamente nuestro olvido y desagravie á fuerza de admiración y respeto las gran-

des sombras que aún no ha cristalizado la patria en bronce ó mármoles imperecederos.

*
* *

Juárez en Veracruz se mantuvo á la altura de la misión que se había impuesto; sólo con ser invulnerable desbarató moralmente á la Reacción; como entidad viable, la Reacción había desaparecido ya cuando sus ejércitos fueron aniquilados en Silao y Calpulalpan. Todo el esfuerzo del Presidente, admirablemente secundado por los caudillos liberales, aun á costa de tremendos sacrificios, como el que tuvo por desenlace la tragedia pavorosa de Tacubaya, todo su esfuerzo consistió en ser invulnerable, en permanecer, en durar; su carácter se prestaba admirablemente á esta función vital.

La revolución era reformista, toda ella estaba animada por el aliento de la Reforma; á la cruzada católica que temerariamente predicaba el clero, respondía en las huestes, que suscitaba dondequiera el impulso de los reformistas un gran grito de emancipación anticlerical, antirreligiosa casi; el espíritu de Ocampo y Ramírez soplaba sobre aquel caos de sangre y ruina. Faltaban las fórmulas precisas, las que definieran los *desiderata* del partido progresista en marcha, y Juárez,

que no había vacilado un momento sobre esa necesidad, pero que se había reservado el escoger la oportunidad de satisfacerla, á mediados de 59 expidió el código que despojaba al clero de sus bienes, que disolvía las comunidades religiosas, que separaba el Estado de las iglesias, que instituía el matrimonio civil. Juárez, poniendo el sello de su autoridad á aquellas leyes que estudiaban y preparaban sus magnos colaboradores, les daba sér y vida; las hacía andar.

Horrible pareció el atentado en el mundo reactor, y se sintió que en aquel inexplicable fatricidio que se llamó "la guerra de tres años," iba á llegar el momento de jugar el todo por el todo. La situación del Gobierno legítimo era tremenda: las derrotas de las tropas reformistas se sucedían sin tregua; verdad es que eran derrotas educadoras, pero aplazaban la solución indefinidamente, y el peligro de una intervención extranjera se alzaba gigantesco en el horizonte. Precisamente las escuadras de las potencias que dos años después debían firmar la convención en Londres, de que nacieron la Intervención y el Imperio, estaban en Veracruz, llenas, sobre todo la de España, de mala voluntad hacia el Gobierno Constitucional. La intervención europea pedida sin tregua por el partido reaccionario, podía formalizarse de un momento á otro, y en la Habana se armaba ostensiblemente una expedición que debía contribuir

á debelar el inexpugnable asilo liberal. Los americanos también velaban con sus escuadras, y sólo esto contenía á España y Francia; ellos también querían una intervención, pero más rápida, más pronta, organizar un ejército que aliado ó no con el de los constitucionales, se apoderase de México y restableciese el orden. El problema era formidable: aprovechar, contra todo lo que viniera del exterior, la decidida buena voluntad de los Estados Unidos, pero impidiendo que el Presidente Buchanan llevase á cabo su proyecto de expedición militar, sólo podía hacerse á costa de un enorme sacrificio. Este consta en el tratado Mc.Lane: no era un tratado, porque como sabían muy bien el Presidente y el Senado americanos, Juárez no tenía facultad para sancionar definitivamente los tratados. Pero era un compromiso: varios de sus artículos, ó prometen lo que á todos se concedía, ó establecen privilegios recíprocos, ó dejan el nacimiento de las condiciones en que los Estados Unidos podían poner en actividad su alianza, á la iniciativa de nuestro Gobierno; lo que significaba una amenaza muy grave para nuestra integridad nacional, era el condominio en Tehuantepec, y lo establecido en los arts. 6º y 7º. Quienes tal cosa pactaban no nos obligaban legalmente á nada, pero preparaban un formidable conflicto para lo porvenir. Ciertó; mas primero era *ser*; ó el aniquilamiento del co-

razón de la resistencia constitucionalista, y probablemente la protección europea y la monarquía ó la preparación de una gravísima situación en nuestras relaciones con los Estados Unidos. Juárez y sus Ministros optaron resueltamente por esto, y los buques americanos desbarataron en la escuadrilla de Marín la última esperanza de los reactivos para vencer la resistencia reformista.

Unos con vehementísimos y lógicos análisis, otros con insultos infames, acogieron el pseudo-tratado. La prensa, resplandor que todo lo ilumina, sombra que todo lo mancha y ennegrece; de donde parten todos los vientos, los más altos, y en la que circulan todas las serpientes, las más capaces de envenenar lo más santo y lo más puro; la prensa levantó un inmenso clamor. Resonó la voz de ira del patriotismo, y se oyó en la tiniebla el rumor de la envidia de cascabel. El partido liberal, seguro de sus jefes y confiado en el porvenir, se solidarizó con los firmantes del tratado. Y aun ahora Todos conocemos que fué un error, que fué una falta, que hubiera podido ser un crimen; todos tendríamos á honor compartir la responsabilidad que de este acto resulta Y ninguno de nosotros vacilaría en sentarse en el mismo banquillo en que se sentasen acusados de lesa patriotismo D. Benito Juárez y D. Melchor Ocampo. Ya lo veis, el instinto popular no se engaña; se pueden apurar los razo-

namientos y las retóricas y las frases armadas de punta en blanco; nadie creerá, en la nación mexicana, nadie, nunca, que Juárez fué un traidor á la Patria.

*
* *

Al otro día del triunfo de la Reforma, la temida intervención apareció. Mientras toda la hez removida por tantos años de lucha flotaba en la superficie y lo obstruía todo, industria, comercio, seguridad, vida; mientras para dispersar para siempre los recursos del clero, se solicitaba el interés individual á fuerza de derroches y prodigalidades que dejaban sin la esperanza de una sola entrada importante las arcas públicas; mientras el ejército liberal, convertido en un gran cuerpo de policía, perseguía á las hordas que enarbolaron la bandera de la guerra civil, parte de la Europa monárquica, prevaliéndose de nuestra incurable debilidad, de la falta de brújula política y financiera de nuestro gobierno y de la temerosa división entre los Estados de la Unión Americana que iniciaban una guerra íntima de colosales proporciones, tramó una conspiración para explotarnos, para protegernos, para someternos.

Imposibilitados para esperar ayuda de ninguna parte, obligados á contar sólo con nosotros mismos, teniendo en contra la opinión de las clases despojadas de sus privilegios y de la porción

social en quien el celo religioso apagaba el amor á la Patria, era imposible librar sólo á la fuerza física de nuestra salvación; necesitábamos recurrir á la fuerza del espíritu para ganar tiempo, con el objeto de suscitar el patriotismo; de irrigar hasta por el último canal vivo de nuestra sociedad cansada, la savia de la fe, del coraje, del odio, y del amor á la vez; de ganar tiempo para permitir á nuestra sola aliada posible recuperarse, vencer á los desmembradores esclavistas y hacer respetar por nuestros invasores el programa Monroe; y para ganar tiempo urgía, aun á costa de gravísimas concesiones, nulificar la intervención y, si no se podía, neutralizarla y dividirla en todo caso. Prodigioso fué lo que entonces trabajó el talento nacional, estimulado por Juárez, que luchaba contra todo y contra todos. La disolución de la triple alianza fué el primer resultado de nuestra diplomacia; el hacer estallar al pie de la confianza del ejército francés la gran mina de gloria del 5 de Mayo, que contuvo por un año la invasión y nos permitió confiar en nosotros mismos, fué el primer resultado de nuestra decisión cívica.

Napoleón III (jamás diremos Francia), obstinado inconscientemente en facilitar, como los personajes de la tragedia antigua, el cumplimiento de su hado, se empeñó en su obra mucho más nefasta para él que para nosotros, á quienes sir-

vió para transformar el programa de un partido en el credo de una nación. Gracias á la típica defensa de Puebla en 63, admirada hoy á porfía, se ganó otro año casi. Y cuando llegó nuestro primer gran desastre, el efecto en el país fué casi nulo durante muchos meses. Juárez, lejos de darse por vencido, suscitó la resistencia por doquiera; nuestros caudillos la organizaron, la sangre y el dinero de los invasores corrieron á torrentes, pero la República vivía, Juárez la representaba ante el mundo, el mundo lo veía, y, cuando el gran drama imperial mexicano parecía llenarlo todo con su esplendor, bastaba la presencia de Juárez para hacer comprender que todo era efímero, que iba á pasar y á hundirse en no se qué espantoso naufragio aquella barca de oro de príncipe artista que venía en pos de un poema y se encontraba con la faz de bronce de la tragedia clavada en su horizonte.

Gracias á esta decisión, á este empeño de no ceder, de no aparecer cediendo nunca, cuando llegó la hora fatídica del fin de la guerra de Secesión, el coloso americano que se irguió ante el gran atentado de México, pudo decir: "la República Mexicana vive, ahí está." Ahí estaba Juárez.

Y entonces, para impedir la invasión de la inmensa masa armada americana que había quedado inempleada al día siguiente de la toma de Richmond, y para apresurar la retirada de los

invasores, hubo necesidad, exangües y desarmados como estábamos, de buscar entre nuestros aliados naturales, armas, dinero y soldados, pero constituyendo todo ello ejércitos mexicanos sometidos á nuestro gobierno. Por fortuna nada de esto necesitamos al fin.

El programa que se había trazado Juárez desde el primer momento de la intervención, se cumplió entero, y en sus manos la espada de la victoria, se tornó en la espada de la justicia. La República vencedora lo aprobó y sancionó sus actos con su voto, como en la República combatiente, en lo más tremendo de la lucha, había aprobado su resolución de permanecer en el poder, es decir, en el peligro, pero en la intransigencia y en la firmeza férrea ante el enemigo.

*
* *

¡Gran Padre de la Patria, viste el triunfo de tu perseverancia, de tu obra, de tu fe; en ese triunfo te dejamos; en esa luz de apoteosis perdurará tu memoria! Tu vida posterior no fué, no, indigna de tu gran época de luchador; hombre de gobierno, quisiste fundar una administración y vencer para siempre los elementos de la guerra civil, por tus armas primero, luego por leyes de sabiduría y de justicia; y trataste de levantar al pueblo mexicano, cuya substancia era tu raza, al grado superior á que tú habías ascendido, trans-

formando las condiciones del trabajo nacional, protegiendo las grandes empresas de progreso material; y á la plena conciencia de sí mismo abriendo de par en par ante su camino las puertas de la escuela.

Los impacientes de realizar ideales que sólo lentamente pueden llegar á la vida, protestaron armados y sañudos contra tí; muchos eran tus colaboradores, tus correligionarios; algunos habían salido de tus manos armados de su fe en la libertad y en la democracia: eran tus hijos.

Ese fué tu destino y en la lucha moriste. Periódicamente se levanta al margen de tu memoria la voz airada de la detracción y del odio, en nombre de la Patria, en nombre de la Historia. Es inútil. Eso sólo sirve para sublimar tu glorificación y aquilatar tu mérito.

El partido liberal, que hoy es la Nación, en manos de ella ha puesto tu gran recuerdo. Y la Nación de mañana, y la de hoy y la de siempre, oirá en cada conciencia de niño, en cada inteligencia que despierta, las divinas palabras maternas de la escuela laica, de la escuela nacional, que cantará tus alabanzas, que bendecirá tu obra. Es justo que ya que no acertaste á vivir para presenciar la resurrección definitiva de la Patria en la prosperidad y en la paz, asistas á esta gran época unido al cerebro y al corazón de cada mexicano que ame á su país.

Y nadie lo amó como tú; por eso nadie tiene mayor derecho que tú á que sus errores "le sean perdonados."

Todos estamos contigo, será inútil injuriarte ó rebajarte; la diatriba será un remusgo que hará espuma en torno al arrecife inconmovible, y pasará y morirá.

Celebrando los ritos de nuestra religión cívica, cada generación, al partir, dirá á la generación que se levanta y llega: "Perseverad como él, quedad como él, creed como él." Y le entregará la antorcha de inextingible luz.

Todos estamos contigo; el día que el Pacificador, el gran adversario de tus postreros días de lucha, llevó reverente á tu mausoleo la corona del recuerdo nacional, todo lo pasado quedó en la sombra y surgió definitivamente al sol tu ideal y tu gloria. Sea ella el símbolo de unión y de concordia; sea un ara en que fraternicemos los mexicanos. Todavía será turbada la paz del reposo agosto, que ganaste bien, perenne batallador; pero no podrá nadie arrancar tu nombre del alma del pueblo, ni remover tus huesos en tu sepulcro; para llegar á ellos será necesario antes hacer pedazos la sagrada bandera de la República que te envuelve y te guarda.

F1233
J8
1906

CAP
I5234

AUTOR

TITULO

